
CIENCIA CIUDADANA, CIENCIA ABIERTA Y CIENCIA COMÚN

Entrevista de Bruno de Pierro para FAPEST magazine
(agosto, 2017)

1) Nas últimas décadas, surgiram muitas iniciativas de ciência cidadana, ciencia abierta y ciencia común no mundo, algumas até financiadas por instituições científicas tradicionais. Para o senhor, por que esses projetos estão aumentando no mundo?

Me parece que la ciencia en tanto que empresa social necesita mejorar su relación con la ciudadanía, eso que a veces es nombrado como los públicos de la ciencia. No basta con promover ciclos de conferencias, programas educativos en la televisión o exposiciones divulgativas. La divulgación no es el único pacto posible entre ciencia y ciudadanía. La reacción que provocaron la expansión de la industria nuclear o más tarde la de los transgénicos nos ha obligado a reflexionar sobre qué otros métodos de comunicación de la ciencia son más adecuados para estimular la complicidad de la ciudadanía. Así, hemos pasado de un paradigma comunicativo basado en la divulgación del conocimiento a otro construido sobre la participación de los ciudadanos. La cultura de la divulgación reclama divisiones estrictas entre expertos y amateurs, entre lo institucional y lo extitucional, entre los que hablan y los que escuchan, los que saben y los que no saben; en definitiva, necesita y sostiene un mundo muy jerárquico, vertical y exclusivo, donde la comunicación es unidireccional, paternalista y, si se me apura, patriarcal. La otra cultura, la de la participación, se construye sobre la promesa de que hay un diálogo posible y no subordinado, más paritario y horizontal, entre las culturas local y



La divulgación no es el único pacto posible entre ciencia y ciudadanía.

global, entre las prácticas indígenas o campesinas y las que operan en la academia, o entre los saberes basados en lo experiencial y los basados en lo experimental. En la práctica, como ha sucedido con otros procesos de participación política, hemos comprobado que la realidad de sus logros está lejos de su promesa y que la relación entre expertos y legos no ha estado exenta de dificultades, frustraciones y malentendidos. Nos son pocos los autores que hablan de la participación como de un instrumento de desmovilización y despolitización. Y seguramente, en muchos casos, tienen razón: también esta deriva que nos lleva hacia el imperativo de la participación puede y debe ser problematizado. Necesitamos seguir profundizando en este tipo de procesos participativos y aprender de nuestros errores: los fracasos de hoy deberían ser una garantía para el futuro. Sin experimentación no hay conocimiento y nos queda mucho que aprender. Los científicos lo saben y crece el porcentaje de quienes están dispuestos a aceptar que estos diálogos entre el dentro y el fuera de la academia deberían ser ordinarios, públicos y contrastados. Hay problemas como, por ejemplo, la biodiversidad, el cambio climático o las enfermedades crónicas que reclaman urgentemente que incorporemos a los concernidos en la producción de conocimiento nuevo, tanto en el plano de la construcción de las preguntas que necesitamos responder, como en la evaluación de las respuestas que creemos haber obtenido.

A estos procesos de participación hemos convenido en calificarlos como de ciencia ciudadana. Y como vemos son muchas sus motivaciones, desde la legitimación de prácticas corporativas a la inclusión de otras visiones sobre el entorno (medioambiental, corporal o social) más situadas, más locales y/o más comprometidas.

2) Embora hoje se fale muito de ciência cidadã, trata-se de uma ideia que não é nova, certo? A participação de amadores é antiga na ciência?

Exacto. Siempre hubo muchos amateurs involucrados en ciencia. De hecho, se podría decir que la ciencia moderna, surgida a finales del siglo XVII, nació como una práctica amateur. La Royal Society era un club de amateurs. Y si uno quisiera contar los científicos que en el siglo XVIII vivían de la ciencia, que eran profesionales, encontraría que formaban un grupo minúsculo. La palabra científico, como sustantivo y no como calificativo, no nace hasta el siglo XIX: las cosas y las afirmaciones podían ser más o menos científicas, tener un origen más o menos experimental, pero las personas no fueron científicas hasta 150 años después del nacimiento de la ciencia moderna. Pero hay más.

Algunos historiadores se preguntan cómo explicar que un puñado de amateurs, con un proyecto cultural tan minoritario como contra hegemónico, pudieron alcanzar 8 décadas más tarde una presencia tan notable en el espacio público. No es fácil explicar que



unos cuantos filósofos experimentales, como se llamó a quienes antepusieron el lenguaje de los hechos al de la tradición, estuvieran redactando a finales del siglo XVIII las constituciones liberales de Estados Unidos y de Francia. Muchos historiadores están de acuerdo en que hay algo que no hemos sabido contar bien y que hay un eslabón perdido que necesita ser identificado y puesto en valor. Son los amateurs. Los amateurs son el eslabón perdido. Son el actor invisible e invisibilizado que nos permite entender que la ciencia adquirió un prestigio social y una densidad cultural más grande de la que hasta ahora nos han contado. Y que, igual que hemos ignorado a las mujeres sacándolas del relato histórico, también hemos convertido en perdedores a los amateurs. Los amateurs también forman parte del largo séquito de perdedores de la modernidad. Y necesitamos una generación nueva de historiadores que nos los muestre y enseñe a valorar.

La cultura de la divulgación reclama divisiones estrictas entre expertos y amateurs, entre lo institucional y lo extitucional, entre los que hablan y los que escuchan, los que saben y los que no saben

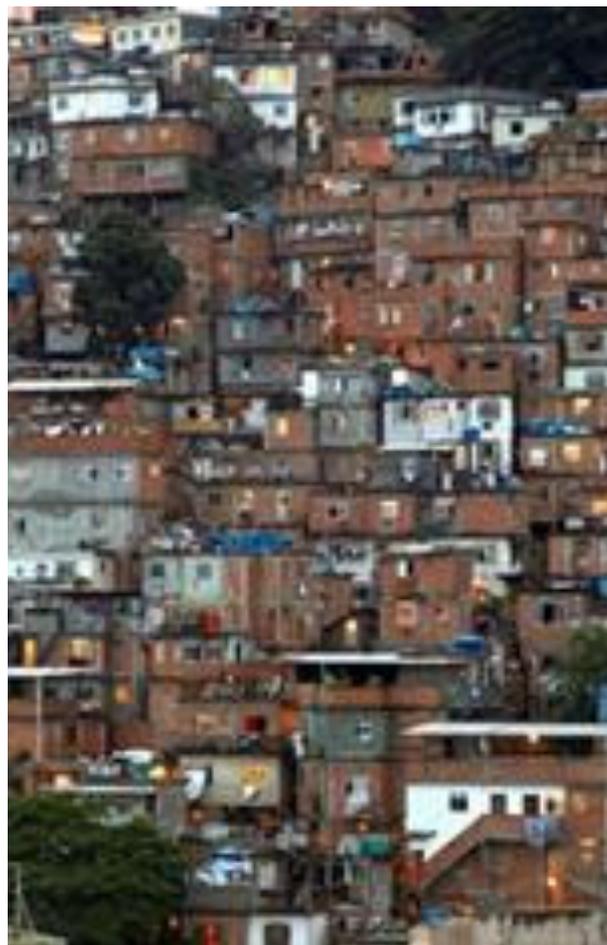
3) No artigo 'Ciência Cidadã e Laboratórios Cidadãos, publicado em coautoria com Henrique Parra e Mariano Fressoli, o senhor afirma que a produção de conhecimento científico nunca foi uma prática exclusiva dos cientistas. Na sua opinião, a participação dos amadores (não-cientistas) na elaboração de pesquisas é desvalorizada pelas comunidades científicas atualmente?

El mundo es una producción amateur. En muchas ciudades del mundo nos hemos acostumbrado desde hace unas cuantas décadas a convivir con abogados, médicos, economistas, ingenieros, psicólogos, farmacéuticos, arquitectos, periodistas y hasta entrenadores personales. Ya se que hablamos de una minoría de la población mundial, pero es indudable que las llamadas clases medias se han acostumbrado a este nuevo paisaje urbano. Hace cien años estas relaciones con profesionales especializados eran inimaginables. Pero la gente arreglaba sus asuntos como podía y sabía: la autoconstrucción era la norma, y lo que vale para la pregunta de cómo arreglaban sus problemas de vivienda se puede extender a los otros grandes asuntos de la vida, como son la salud, la alimentación, los conflictos con los vecinos o las cuestiones relacionadas con el crédito, el parto, la paz o el abrigo. Hay mucho conocimiento cuyo origen no está vinculado a prácticas profesionales. Todo el mundo de lo artesanal también es informal y también deberíamos considerarlo amateur. Si pensamos en términos históricos, no es menor la deuda que nuestro mundo tiene con los artesanos, ya sea que pensemos en lo agrario o en lo náutico, ya sea que imaginemos los mundo de la minería, la ganadería, la alimentación o la tecnología.

También creo que deberíamos poner en valor la deuda que nuestras instituciones públicas tienen con el mundo del activismo. Nuestra deuda con las feministas, los ecologistas, los viviseccionistas, los discapacitados o los luchadores por los derechos civiles es impagable. Pero ahora no quiero hablar solo de una deuda política, sino de su esfuerzo para enseñarnos a mirar, pensar, conceptualizar, investigar y comunicar de otra manera. De ellos y de ellas hemos aprendido a hacernos otras preguntas, a planearnos otras urgencias, a imaginar otros mundo posibles. Sin los amateurs, sin los artesanos, sin los activistas nuestro mundo no sólo sería inimaginable, sino que sería inhabitable. Sería un horror, otro infierno.

4) O senhor afirma em artigo que existem afinidades entre a ciência cidadã e a cultura dos comuns. Que tipo de afinidades são essas? Poderia exemplificar?

Hay muchas formas de participación ciudadana en ciencia y no todas son iguales. La inmensa mayoría comparten ciertas características estándar: contribución voluntaria, trabajo no pagado, prácticas derivativas, proyectos verticales y hegemonía experta. Son proyectos concebidos en la academia para los que se requiere mano de obra barata que no es consultada en el momento del diseño, ni tampoco convocada a la hora de la evaluación. La relación entre los científicos y los ciudadanos es de subordinación. Es verdad que hay participación ciudadana, es verdad que sin esta contribución el proyecto no saldría adelante, pero también es verdad que estamos hablando de una ciencia ciudadana subalterna, de una ciencia ciudadana que no contribuye a su empoderamiento. Incluso cuando se abordan problemas acuciantes para todos (clima, migraciones, AIDS,..) se hace de una forma inaccesible para los ciudadanos. No quiero desvalorizar estas prácticas y estoy seguro de que sería fácil diseñar una especie de barómetro que mediría la mayor o menor intensidad de compromiso con los intereses locales. Lo que quisiera no es descalificar, sino describir, cualificar, mostrar las diferencias y los contrastes. Pero antes de pasar a



otras formas de participar querría detenerme en el hecho de que la gente participe aunque no suponga para ellos ningún beneficio concreto. Este enigma, que también afecta a realidades tan notables como Wikipedia, el movimiento hacker en favor del software libre o a la computación voluntaria que movilizan proyectos como SETI, merece una consideración mínima. El amor al conocimiento está asociado a estas formas de producción de conocimiento por amor. Tenemos centenares de estudios que hablan de la alegría de compartir como motor de todas estas formas de amateurismo. La gente es feliz, se divierte, se siente parte de una empresa colectiva, donde hacer cosas que nos obliguen a competir o a consumir.

Para hablar de la cultura de los comunes tendríamos que empezar por ponernos de acuerdo en lo que estamos evocando cuando usamos un término que de pronto parece estar de moda. Para mí pertenece al mundo de lo común lo que hacemos entre todos. Hacer entre todos quiere decir que todos aportan por igual, no lo mismo, sino que nadie es más dueño, más líder o tiene más control. Ahora bien, como todos no tenemos las mismas habilidades habrá que ser muy cuidadosos con la forma en la que nos organizamos para que los que mejor hablan o más saben no puedan convertir esas habilidades en una fuente de poder. No voy a entrar en el cómo lograrlo. Sólo quiero subrayar la importancia de lo experiencial para la construcción de un mundo común. Los expertos basan su conocimiento en los llamados hechos experimentales que son un tipo de hechos muy singulares, pues requieren máquinas sofisticadas, condiciones de producción estrictamente controladas, lenguajes especializados, maquinaria costosa y, en fin, condiciones que excluyen a la inmensa mayoría de la población. Cuando trabajan al servicio de la sociedad lo hacen para todos y por mucho que admiremos sus producciones y por grande que sea nuestra deuda con su trabajo, no hay más remedio que admitir que son actores tan incontrolables como necesarios y, con frecuencia, tan sabios como ignorantes: muy conocedores de lo suyo y, con

frecuencia, insensibles a las consecuencias de lo que hacen. Esto lo hemos aprendido en todas las guerras y en todas las crisis. La ciencia académica y la ciencia ciudadana no se diferencian mucho en su contingente epistémico. Comparten conceptos, problemas, metodologías, formas de validación,... La ciencia ciudadana es resultado de una expansión de la ciencia académica. A mi me gusta llamarla ciencia expandida. Es para todos y es participativa, pero no es entre todos, porque hay diferencias estructurales entre el papel que juegan los expertos y el que juegan los amateurs.

¿Cómo sería esa otra ciencia entre todos, esa ciencia común? Ya lo hemos insinuado: tendría que ser un conocimiento que diera el mayor valor cognitivo a lo experiencial. Tendría que ser un conocimiento nacido de la convicción de que todos somos expertos en experiencia y, en consecuencia, que la frontera entre expertos y amateurs no tiene sentido. Prescindir de esta dicotomía puede hacer muy creativo el diálogo entre lo experimental y lo experiencial, entre sujetos cuyo saber está más vinculado al contacto directo con el territorio, el cuerpo o la cultura locales y actores cuyo conocimiento es más abstracto, artificial, experimental, académico y formal. Tenemos muchos ejemplos admirables de lo que decimos, pero hay dos que han merecido más atención que otros: el de los miópatas franceses estudiado por M. Callon y el de los enfermos de AIDS estudiado por S. Epstein. En ambos casos hemos aprendido que la relación médico enfermo puede invertirse de forma que sean los profesionales quienes, en determinadas circunstancias, trabajen al servicio de los amateurs. La lógica de ambos casos se explica fácil: los legos se sintieron abandonados por los expertos al extremo de que sintieron su diagnóstico como una condena a muerte y eso les condujo a una rebelión no tanto contra el diagnóstico como contra las rígidas estructuras institucionales del saber.

El amor al conocimiento está asociado a estas formas de producción de conocimiento por amor

Pero hay algunos ejemplos que me gustan más que otros: Alcohólicos Anónimos es uno de mis preferidos. Grupos de gentes ya desahuciados que deciden hacerse cargo de su propia vida admitiendo de partida que solos no pueden. Tras un tiempo de asistencia regular a las reuniones, sus familias, amigos y jefes reconocen que AA les cambió la vida y que ahora pueden convivir sin maltratarse ni maltratar a nadie. Lo que cuentan esos expertos en su dependencia es que nunca antes se habían sentido tan reconocidos como cuando escucharon hablar a otro alcohólico. Por primera vez sintieron que alguien les entendía. Y obviamente puede ayudar quien entiende lo que (nos) pasa. Se descubrieron a sí mismos como parte de un yo colectivo capaz de superar problemas crónicos. ¿Y qué han hecho en esas reuniones que no sea contrastar sus experiencias,

nombrar sus signos, identificar sus incertidumbres, encontrar una forma de interactuar, investigar las posibilidades de un relato emancipador y, en fin, adquirir el conocimiento para enfrentar exitosamente un conflicto?

Resumiré todavía otros ejemplos. Las víctimas por el llamado Síndrome de la Guerra del Golfo fueron a los hospitales quejándose de que su salud, tras el regreso, iba mal. Los médicos les decían que sólo padecían un shock post-traumático y que tras un poco de descanso y un puñado de ansiolíticos se encontrarían mejor. Pero la mejoría no llegaba. El cuerpo nos les acompañaba. Se rebelaron contra el diagnóstico, buscaron ayuda, exploraron sus padecimientos, identificaron patrones, nombraron síntomas, dieron explicaciones, atrajeron a especialistas y, en fin, acabaron descubriendo que la psicologización del problema de salud era una estrategia diseñada por los mandos del Pentágono para ocultar un mal que les había sido provocado al suministrarles preventiva, experimental e inopinadamente un antídoto contra el gas mostaza que supuestamente iban a utilizar los iraquíes contra las tropas americanas. Este caso, como otros muchos del tipo mostrado en la película Erin Brockovich y que podríamos categorizar como de epidemiología popular, muestran de forma sencilla como los afectados pueden “escuchar” mejor su

cuerpo para, trabajando colaborativamente, identificar signos diferenciales donde otros, incluidos una parte de los expertos trabajando al servicio de intereses corporativos, sólo ven confusión, ruido, contingencias, capricho o casualidades. La lista de ejemplos es interminable, no sólo en el ámbito del cuerpo, pues también podría haber mencionado muchos casos salidos del medioambientalismo o del urbanismo.

A estas formas de producir conocimiento se las puede llamar ciencia común: común porque es entre todos y, por tanto, basada en la experiencia, el bien más abundante que podemos imaginar; ciencia, porque es un saber contrastado, abierto y público. Ya se que no se parece a la bioquímica, como tampoco caben muchas analogías con los astrofísicos, los filólogos o los paleontólogos. Todos, sin embargo, habitan saberes respetables que alguna vez se entrecruzaron y fueron capaces de mantener una conversación fecunda. La ciencia común también está alumbrando novedosas formas de organización, experimentación, composición y publicitación de saberes colectivos y apenas tímidamente reconocidos. La ciencia común no es menos exigente que la académica, pues sus protagonistas se están jugando la vida. Se pueden equivocar y hacer hipótesis incorrectas o extraer conclusiones precipitadas, pero no es un juego irresponsable, frívolo o intrascendente. Tiene consecuencias y nadie tiene más interés que los propios afectados en la veracidad de las conclusiones a las que llegan. La ciencia común no antagoniza con la académica: su razón de ser no es luchar contra los catedráticos, sino ganar capacidad de interlocución en el espacio público.



5) Muitas iniciativas de ciência cidadã aproveitam a participação do público leigo apenas para o levantamento de dados. Alguns especialistas com quem conversei classificam essa participação como limitada, pois nesse caso os voluntários atuam apenas como mão-de-obra para os cientistas. Qual a sua opinião sobre isso? Essa forma de participação (na coleta de dados) pode proporcionar o empoderamento do cidadão?

Me parece que ya he respondido a esta cuestión. El concepto de capitalismo cognitivo es capaz de explicar las muchas formas neoliberales de apropiación del bien común, del trabajo afectivo y de la inteligencia colectiva. Y la ciencia debería ser más cuidadosa con estas prácticas tan vanguardistas, tan innovadoras y, desde luego, tan neoliberales. Pondré un ejemplo.

Las revistas científicas están vinculadas a un puñado de grupos editoriales hegemónicos y su negocio consiste todavía en vender papers en la academia. Lo sorprendente de esta increíble práctica comercial es que cobran cuatro veces por el mismo producto: una, porque lo que le venden al sistema educativo y de investigación es fruto de un trabajo que ha sido mayoritariamente financiado con recursos públicos; dos, porque lo que venden ha sido redactado y empaquetado en la forma que exigen las revistas por científicos pertenecientes al sistema nacional de investigación; tres, porque el trabajo de control de calidad de los contenidos publicados es realizado por miembros del sistema público que no cobran por hacer este trabajo; y cuatro, porque las revistas son adquiridas por las bibliotecas del sistema universitario. Es un negocio redondo y, desde el punto de vista neoliberal, ejemplar: vender cuatro veces el mismo producto a un aparato institucional pagado de catedráticos y sabedores que deberían habernos protegido contra

estas prácticas abusivas. No es la única práctica neoliberal que se ha introducido en nuestro sistema universitario y entiendo que no sean pocos los que nos advierten contra esta precarización del trabajo voluntario y amateur. Los científicos deberían actuar con menos “inocencia”, como si no se dieran cuenta de lo que está pasando, y usar la ciencia para ayudar a construir un mundo más justo.

6) O senhor poderia indicar iniciativas ou projetos de ciência cidadã que estão além da mera coleta de dados? Na sua opinião, quais são as iniciativas mais interessantes hoje no mundo?

Personalmente sigo con mucha atención todo lo que se hace y promueve desde el Silent Spring Institute y también me interesa mucho las cosas que moviliza la Association Sciences Citoyennes. También sigo con interés lo que se hace en la red STEPS. En América Latina estuve fascinado por el proyecto Ubatuba, coordinado por Sarita Albagli, que me parece ha sido el experimento en ciencia abierta más ambicioso, arriesgado y prometedor de cuantos he conocido. Del proyecto Ubatuba no sólo me encantó su diseño, sino también su hermosa manera de equivocarse, rectificar y, en definitiva, aprender.

La ciencia común no antagoniza con la académica: su razón de ser no es luchar contra los catedráticos, sino ganar capacidad de interlocución en el espacio público.

7) Autores como o filósofo austríaco Paul Feyerabend (1924-1994) haviam chamado a atenção para a importância da ciência dialogar com diversos outros saberes, como forma de promover o progresso da própria ciência, sem desqualificar o conhecimento não-acadêmico (não-certificado). No entanto, como é possível, na prática, promover o encontro da ciência com outros saberes (como os conhecimentos de povos tradicionais)? Essas ideias ainda são "utópicas" ou há casos concretos sendo implementados?

En la medida en la que los problemas sean más difícilmente reductibles a los límites del laboratorio o, en otras palabras, en la medida en la que la complejidad no sea una opción, sino la única posibilidad de abordar los problemas, tendremos que poner en marcha otras formas de acercamiento a los asuntos que nos conciernen y nos urgen. Tendremos que ampliar el repertorio de opciones y entre ellas, experimentar con otras formas de relacionarnos con los legos, los amateurs, los activistas, los hackers y las muchas maneras de estar en contacto con el mundo del

conocimiento y en relación a nuestro entorno. Creo que estos diálogos ya están en marcha y que lo lógico es que no salgan bien a la primera. Necesitamos experimentar y aprender de nuestros fracasos. En este caso, como en muchos otros asuntos de la vida, tenemos que aprender a ser lentos, a usar la lentitud como una metodología de trabajo que básicamente consiste en aprender a escuchar, a dejarse afectar por el punto de vista ajeno. Tenemos que aprender a desaprender. No podemos ser insensibles a la enorme cantidad de conocimiento que se atesora fuera de la academia. No podemos seguir actuando como si este conocimiento fuera inútil, caprichoso, sesgado o infundado. No podemos permitirnos este enorme despilfarro. No estoy diciendo que todo valga, o que todo tiene el mismo valor. Obviamente, tenemos que seguir confiando en el contraste público, colectivo y abierto de las ideas. Pero tenemos también que abandonar la guerra de los que saben contra los que supuestamente no saben. Hay que huir de la absurda convicción de que en el espacio público solo pueden hablar los listos. Por eso me gusta tanto el concepto de expertos en experiencia. No digo que el dialogo sea fácil, pero es urgente intentarlo. Muchos

ya lo están haciendo y hay que animarlos a fracasar, siempre que a continuación nos expliquen de forma abierta, con licencias libres, lo que aprendieron en esas conversaciones inauditas. Por eso me interesó tanto el proyecto Ubatuba.

8) O que são os Laboratórios Cidadãos? Há algum exemplo notório dessa iniciativa no mundo?

Un Laboratorio ciudadano es un espacio de producción abierta de conocimiento. Es un lugar capaz de dar acogida a un colectivo heterogéneo de actores que intentan dar forma a un anhelo social. Es un lugar entonces donde nos obligamos a identificar una problemática, documentarla, mostrar sus características más notables, contrastar los distintos puntos de vista, explorar las diferentes formas de abordaje, extraer conclusiones y comunicar los hallazgos, dudas, fracasos y aprendizajes. Quienes lo integran se autoconfiguran como una comunidad de aprendizaje abierta a toda la variedad de actores y a toda la pluralidad de puntos de vista. Así que su primera tarea es encontrar un lenguaje común, es decir un espacio que haga posible la conversación sin

que nadie imponga su punto de vista y sin que nadie tenga el poder de clausurar un tema porque considera que ya se discutió lo suficiente. Un laboratorio ciudadano es entonces un espacio para aprender a vivir juntos: una incubadora de comunidades. Un Laboratorio ciudadano es el espacio por antonomasia para la política experimental, pues siendo hospitalario con las minorías y tratándolas como sensores de alerta temprana de problemas por venir, estaríamos encontrando respuestas situadas e inclusivas para asuntos todavía incipientes y quizás en futuro más frecuentes, generales o agudos. Es un laboratorio porque apuesta por la cultura experimental, el contraste de puntos de vista, las prácticas abiertas y la comunicación pública de ideas, datos y protocolos. Y es ciudadano porque confía en la inteligencia colectiva y otorga la mayor dignidad cognitiva a lo experiencial, lo que es tanto como decir que en un laboratorio ciudadano nunca se escindirá el mundo entre los que saben y los que no saben.

Las prácticas del laboratorio ciudadano son entre todos y, en consecuencia, se da forma a los bienes comunes. A mi me gusta especular con la idea de que siempre que hay un bien común se necesita un laboratorio para sostenerlo y que es sostenido por él. ¿Cómo podría sobrevivir el procomún entre imperios, autoritarismos, neoliberalismos y demás circunstancias hostiles si no fuera porque la comunidad que lo sostiene (y es sostenida por el bien!) no diera pruebas constantes de saber adaptarse y de interpretar correctamente las amenazas y las oportunidades? Crear y sostener un bien común reclama mucho conocimiento y mucha capacidad de análisis o, en otras palabras, necesita de un laboratorio ciudadano plenamente operativo. Ahora bien, plenamente operativo no quiere decir que necesite de un edificio, un jefe, un reglamento estricto o una maquinaria burocrática, jurídica o técnica. Pude que sí, y a ños defensores del bien común no le asusta ni la tecnología ni la modernidad. Los bienes comunes no son una reliquia del pasado, ni un frente de resistencia contra lo moderno. Es cierto, sin embargo que, con frecuencia, los hacedores de lo común ni siquiera saben que el entorno donde operan es un laboratorio



Crear y sostener un bien común reclama mucho conocimiento y mucha capacidad de análisis o, en otras palabras, necesita de un laboratorio ciudadano.

todo esto? Para mi son Laboratorios ciudadanos donde se está experimentando con otras formas de habitar la ciudad, distintos modos de conectarnos entre nosotros que no estén mediados (o determinados) por el consumo, el mérito, el precio o la utilidad. Estamos, entre todos, dándole forma a la idea de que una ciudad son sus relaciones y no sus construcciones. Estamos reinventando la ciudad como un espacio común. A todos estos movimientos y movilizaciones les hemos asignado diferentes nombres, como *beta urbanism*, *hand-made urbanism*, *DIY urbanism*. Todos tienen en común la voluntad de hacer cosas juntos, de disputarle a los urbanistas su hegemonía sobre la urbe y, en fin, de mostrar que otro mundo es posible: será vulnerable, será transitorio, será esporádico,... pero será de todos y de nadie al mismo tiempo. Su fragilidad es lo que tiene de amoroso, como también su transitoriedad, ese no estarse quieto y su querer devenir otra cosa, es lo que lo hace habitable. Su naturaleza intermitente o esporádica también la podemos vivir como una protección respecto de las formas identitarias de agruparnos, siempre tan atractivas al principio como coercitivas para quienes quieren discrepar o ser diferentes.

ciudadano, y habría que añadir que ni falta que les hace. Lo que importa no es el nombre que le demos, sino la práctica de dotarse de una pequeña infraestructura capaz de dar forma a su voluntad de querer (sobre)vivir, que le ayude a convertir las protestas en propuestas, lo experiencial en conocimiento contrastado y las pequeñas infraestructuras en garantías de su derecho a la diferencia. ¿Hay ejemplos? Muchísimos y por todas partes. ¡Dime un bien común y te mostraré un Laboratorio ciudadano! Pero también vale la ecuación inversa: dame un laboratorio ciudadano y construiremos un bien común. Los grupos de AA, sin saberlo, serían un laboratorio ciudadano que estarían alumbrando una distinta manera de relacionarnos con el cuerpo, un cuerpo del que se habla con distintos términos y que evoca diferentes experiencias: un cuerpo común. En Madrid, como en otras muchas ciudades del mundo, abundan los huertos urbanos, muchas veces nacidos en espacio okupados y más tarde legalizados. ¿Qué está pasando, qué significa

